

Primer trimestre de 2009

El don profético en las Escrituras y en la historia adventista

Comentario de la Lección de la Escuela Sabática

Lección 4 – 17 de enero al 23 de enero

El don profético y la iglesia remanente de Dios

Daniel Oscar Plenc
Director del Centro de Investigación White
Universidad Adventista del Plata
Argentina

I. La iglesia: historia y profecía

La historia de la iglesia cristiana es una disciplina a la vez fascinante y compleja. Estudia los eventos que sucedieron en el desarrollo del cristianismo, hasta donde pueden ser rastreados con cierta seguridad. Sus limitaciones son muchas: (1) La historia se ocupa de la iglesia visible, sabiendo que existe otra iglesia invisible que sólo Dios conoce (Juan 10:16; Apocalipsis 18:4). (2) Los historiadores no están libres de prejuicios y subjetividades. Su óptica es muchas veces divergente y hasta contradictoria. Acerca de Martín Lutero decía su amigo Felipe Melancthon: “Más grande y excelente que Lutero, entre todos los hombres de su raza, no lo ha habido ni creo que lo habrá”. Por otra parte afirmaba Juan Hasenberg: “Otro más deshonesto que Lutero, entre todos los seres de la tierra, no existe, ni existió, ni existirá” (Ricardo Feliu, *Lutero* [España: Ediciones Aldecoa, 1956]). (3) Los estudiosos saben que el conocimiento del pasado es necesariamente incompleto. Son incompletos los registros que han perdurado, así como sus significados. Los historiadores hallan registros que parecen contradecirse y que en muchos casos son directamente falsos.

Así y todo, la historia del cristianismo aporta múltiples beneficios y recompensas: (1) Ilustra a los creyentes de hoy acerca de sus raíces espirituales más antiguas. (2) Presenta el testimonio y el ejemplo de muchos hombres de Dios del pasado. (3) Ofrece un motivo de reflexión respecto de los errores que se cometieron con sus inevitables consecuencias. (4) Muestra la manera providencial como Dios condujo a su pueblo en el pasado. (5) Sobre todo es una muestra del cumplimiento de las profecías bíblicas.

La revelación bíblica es de gran ayuda, no sólo para conocer, sino también para comprender los acontecimientos del pasado y para anticipar el futuro. Las Escrituras contienen más que una historia del pueblo de Dios, como lo expresó Elena G. de White: “La Biblia revela la verdadera filosofía de la historia” (*La educación*, p. 169).

Los historiadores adventistas siempre han mirado la historia de la iglesia a la luz de las visiones proféticas del Apocalipsis. Han visto en las siete iglesias de Apocalipsis 2 y 3 una extensa profecía de toda la era cristiana, dividida en siete etapas. Así Efeso (31-100) simboliza la era de la pureza apostólica, Esmirna (100-313) el tiempo de los mártires, Pérgamo (313-538) la era de la popularidad de la iglesia, Tiatira (538-1517) la edad de la adversidad, Sardis (1517-1798) la era de la reforma, Filadelfia (1798-1844) la época de los avivamientos y Laodicea (1844-) el período del juicio. Escribió Elena G. de White al respecto: “Los nombres de éstas son un símbolo de la iglesia en diferentes períodos de la era cristiana. El número siete indica algo completo, y significa que los mensajes se extienden hasta el fin del tiempo, mientras que los símbolos usados revelan la condición de la iglesia en diferentes períodos de la historia” (*Los hechos de los apóstoles*, p. 467). Lo mismo podría decirse de las visiones acerca de los siete sellos (Apocalipsis 6 y 7) y de las siete trompetas (Apocalipsis 8 y 9). En realidad toda la primera mitad del Apocalipsis podría considerarse como sección histórica y la segunda mitad como sección profética.

Apocalipsis 12, en la mitad del libro, es una excelente exposición de toda la historia de la iglesia, incluyendo su proyección futura. Es evidente que a la luz de la profecía, la historia de la iglesia es la historia de la lucha entre el bien y el mal; un reflejo del gran conflicto. Apocalipsis 12 es un eco de la primera descripción del gran conflicto y del triunfo del evangelio de Jesucristo: “Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar” (Génesis 3:15).

En síntesis, Apocalipsis 12 describe a la iglesia primitiva (versículos 1-5), luego a la iglesia medieval (versículo 6), continúa con la iglesia del desierto (versículos 13-16) y concluye con la iglesia remanente (versículo 17). En medio de la descripción, Juan introduce un paréntesis explicativo de los orígenes del gran conflicto (versículos 7-12).

El simbolismo de Apocalipsis 12 podría sintetizarse de la siguiente manera. La mujer representa al pueblo de Dios (véase la utilización de este símbolo en Isaías 54:5-6; Jeremías 3:20; 6:2; Ezequiel 23:24; 2 Corintios 11:2; Efesios 5:25-32; Apocalipsis 17:1-3). La corona suele estar asociada a la victoria (Mateo 27:29; Apocalipsis 2:10) y el número de las estrellas está relacionado con el pueblo de Dios (las doce tribus de Israel y los doce apóstoles). El dragón está

simbolizando claramente a “la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás” (Apocalipsis 12:9). Sus siete cabezas (las cabezas de Apocalipsis 17:9-10 se identifican como “siete montes” y “siete reyes”) podrían representar a los poderes políticos por medio de los cuales el dragón ha perseguido a los hijos de Dios (Apocalipsis 13:1; 17:3). Los diez cuernos (las bestias de Daniel 7 y Apocalipsis 13 y 17 también tienen cada una diez cuernos) también representan instrumentos de la obra satánica. Las diademas suelen estar asociadas a la realeza (Apocalipsis 13:1 y 19:12; Mateo 27:29; 1 Corintios 9:25; 2 Timoteo 4:8). Las estrellas del cielo describen a la tercera parte de los ángeles celestiales que se unieron con Satanás en su rebelión y fueron expulsados del cielo (*Joyas de los testimonios*, tomo 1, p. 312; tomo 2, p. 103). El hijo varón es ciertamente el Mesías (Salmo 2:8-9; Apocalipsis 19:13-16). Fue arrebatado en el momento de su ascensión (Hebreos 1:3; 10:12). El desierto es un símbolo adecuado de un área despoblada donde la iglesia se ocultaría de la ira perseguidora (Apocalipsis 17:3). La batalla en el cielo describe el conflicto iniciado en el cielo entre Satanás y Cristo (Isaías 14:13-14; Ezequiel 28:12-16; 2 Pedro 2:4; Judas 6). Miguel es Cristo, como en Daniel 10:13; 12:1; Judas 9. Es también el Cordero (Juan 1:29). La serpiente antigua es la misma que engañó a Eva en el Edén (Génesis 3:1; Juan 8:44). Es decir, el diablo (Mateo 4:1), y Satanás (Zacarías 3:1). Es también el acusador (Job 1; Zacarías 3:1; Juan 12:31). Las alas de águila harían posible la liberación, como ocurrió con el antiguo Israel ante los ejércitos del Faraón (Éxodo 19:4; Deuteronomio 32:11). El agua es adecuada para el dragón (Salmo 74:13 y Ezequiel 29:3) y un buen símbolo de destrucción (Apocalipsis 17:15). La tierra, en cambio, ayuda a la mujer de las aguas que procuran ahogarla (Apocalipsis 17:15). El resto (o remanente), es lo que queda de ese pueblo de Dios, objeto de su gracia, pero también de la ira satánica.

II. El remanente en la Biblia

En la Biblia, “remanente” tiene el sentido de “lo que queda”, “lo que permanece”. Lo que queda después de algún evento destructivo o un período de apostasía. La palabra aparece muchas veces en las Escrituras y el tema del remanente se encuentra expuesto en toda la revelación.

Hubo un remanente que sobrevivió al diluvio. En esa destrucción global Dios “guardó a Noé, pregonero de justicia, con otras siete personas, trayendo el diluvio sobre el mundo de los impíos” (2 Pedro 2:5). El medio elegido fue un arca, “en la cual pocas, personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua” (1 Pedro 3:20).

Sólo un remanente se salvaría de la destrucción provocada por el reino de Asiria. Dice la profecía de Isaías: “Acontecerá en aquel tiempo, que los que hayan quedado de Israel y los que hayan quedado de la casa de Jacob, nunca más se apoyarán en el que los hirió, sino que se apoyarán con verdad en Jehová, el Santo de Israel. El remanente volverá, el remanente de Jacob volverá al Dios fuerte. Porque si tu pueblo, oh Israel, fuere como las arenas del mar, el remanente de él volverá; la destrucción acordada rebosará justicia. Pues el Señor, Jehová de los ejércitos, hará consumación ya determinada en medio de la tierra. Por tanto el Señor, Jehová de los ejércitos, dice así: Pueblo mío, morador de Sion, no temas de Asiria” (Isaías 10:20-24). Ante la amenaza de Senaquerib, de Asiria, vuelve a decir el profeta: “Y lo que hubiere quedado de la casa de Judá y lo que hubiere escapado, volverá a echar raíz abajo, y dará fruto arriba. Porque de Jerusalén saldrá un remanente, y del monte de Sion los que se salven. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto” (Isaías 37:31-32).

La profecía de Joel se sitúa en el contexto del regreso de los judíos de la cautividad (3:1), pero encontrará su cumplimiento cabal en el remanente final. En Joel 2:28-29 se describe el derramamiento del Espíritu de Dios. En Joel 2:30-31 se anticipan señales en el cielo y en la tierra antes del “día grande y espantoso de Jehová”. Sigue diciendo el profeta: “Y todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo; porque en el monte de Sion y en Jerusalén habrá salvación, como ha dicho Jehová, y entre el remanente al cual él habrá llamado” (Joel 2:32).

Pablo señala que Dios tuvo un remanente en los dramáticos días de la apostasía del rey Acab, y que en medio de la apostasía del pueblo de Dios, El Señor levantaría otro remanente. “Pero ¿qué le dice la divina respuesta? Me he reservado siete mil hombres, que no han doblado la rodilla delante de Baal. Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia” (Romanos 11:4-5). Bien podría sostenerse con estas palabras el pensamiento de que la iglesia cristiana es en verdad el remanente de Israel que aceptó a Jesucristo como el Mesías prometido. Un remanente compuesto por los creyentes de todas las naciones que se han apropiado por la fe en Jesús de las promesas hechas a Abraham y al pueblo del antiguo pacto.

Es en el Apocalipsis, culminación de la revelación divina, donde debe buscarse la existencia y la identidad del pueblo remanente de Dios en el final de los tiempos. Y el Apocalipsis habla de un remanente único que pasará por las pruebas finales y heredará el reino de Dios. El remanente final es representado por los 144.000 sellados (Apocalipsis 7:3, 9, 14-17; 14:1, 3-5). Sus integrantes son siervos de Dios que han sido limpiados por la sangre de Cristo, no se contaminaron con el engaño y siguen a Cristo en pureza y verdad. El remanente apocalíptico pasó por un chasco (Apocalipsis 10:8-10), predica un mensaje de juicio (Apocalipsis 11:1-2) y de fidelidad a los mandamientos de Dios (Apocalipsis 14:6-13). Se caracteriza por la paciencia, la fe (o fidelidad) y la obediencia (Apocalipsis 13:10). El texto es esclarecedor: “Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (Apocalipsis 14:12). El pasaje que menciona la idea de remanente aporta un nuevo ingrediente: tiene el testimonio de Jesús, que es el espíritu de profecía (Apocalipsis 12:17; 19:10; 22:6, 9).

III. El remanente en los escritos de Elena G. de White

En su primer visión (1844), Elena G. de White no menciona al remanente, pero hacer referencia al pueblo adventista y a los 144.000. Sin embargo cuando, dos años después, se publicó la visión, el panfleto se tituló *To the Little Remnant Scattered Abroad* [Al pequeño remanente esparcido]. En su libro *Spiritual Gifts* (1858), dijo que el pequeño grupo que permaneció fiel después del chasco de 1844 constituía el remanente a quien Dios mostraba su simpatía (tomo 1:153).

Elena G. de White relacionó el remanente del tiempo del fin con la obediencia a la ley de Dios, y con las doctrinas del santuario y del sábado (*A Sketch of the Christian Experience and Views of Ellen G. White*, 57). Declaró que el remanente tiene peculiaridades que lo distinguen de otras iglesias (Carta 7, 1856).

Elena de White vincula el mensaje del primer y segundo ángel con el movimiento millerista (*Spiritual Gifts*, 1:133-143) y el mensaje del tercer ángel con el grupo que parte de 1844 (*A Sketch of the Christian Experience and Views of Ellen G. White*, 62; *Spiritual Gifts*, 1:162-168).

El 14 de marzo de 1858, en Lovett's Grove, Ohio, Elena G. White recibió la visión del gran conflicto entre Cristo y Satanás (*Notas biográficas*, 177-180). En ese contexto entiende la naturaleza y la misión del remanente final. Cita a menudo el pasaje de Ap 12:17. En su visión, el remanente aparece en contraste con la oscuridad y desobediencia del mundo y se caracteriza por su armonía con los preceptos de Dios. Del mismo modo, el remanente vive y proclama el mensaje de la justificación por la fe en Cristo.

En 1893 la señora White escribió una serie de artículos para la *Review and Herald*, titulados “La iglesia remanente no es Babilonia” (*Testimonio para los ministros*, ps. 32-62), oponiéndose al separatismo. Argumenta que Dios tiene una iglesia, pero que ésta es militante, no triunfante. Reconoce que la iglesia es imperfecta y está compuesta por personas defectuosas, pero que al mismo tiempo es el único objeto de esta tierra al cual Cristo concede su consideración suprema. El pueblo remanente se distingue, no por su perfección, sino por su disposición a enseñar la verdad y vindicar la ley de Dios.

Elena G. White creía que muchos entre los incrédulos de las ciudades y naciones del mundo escucharán la Palabra de Dios y recibirán a Cristo como su salvador (*Review and Herald*, 10 noviembre 1904). Que cuando venga la prueba final no pocos tomarán parte con el pueblo remanente de Dios (*Testimonies*, 6:226).

Dice que el pueblo remanente es el depositario de la verdad eterna con el propósito de brindarla al mundo (*Review and Herald*, 23 diciembre 1890). El remanente del tiempo del fin resistirá la supremasía satánica en el mundo, y Dios no permitirá su destrucción (*Testimonies*, 9:231). Será preservado como testimonio en favor de la verdad.

Al mismo tiempo Elena G. de White muestra su preocupación por la situación espiritual de la iglesia remanente. Exhortó a sus miembros a caminar delante de Dios en humildad y fe, para que Dios pueda cumplir sus propósitos a través de ellos (*Testimonies*, 9:274). Insistió en que el pueblo remanente debe ser un pueblo convertido y santificado (*Los Hechos de los Apóstoles*, p. 487).

Conclusión

Dios ha tenido un pueblo fiel a lo largo de la historia. Ha sido el escenario de su obra de gracia y restauración. La oposición satánica no fue capaz de destruirlo. En el final de los tiempos se describe una vez más al pueblo remanente, caracterizándolo por la fidelidad y por la conducción de Dios a través del don de profecía.